

DON FEDERICO DE LA BARRA Y SU NOVELA *LA PRESIDENCIA*

Se han cumplido cien años de la publicación de una novela que nadie conoce, titulada *La Presidencia*, firmada por F. F. L. y editada en la ciudad de Rosario por los talleres gráficos de Eudoro Carrasco, padre, presumimos, o en todo caso hermano del autor de *Luciérnagas*, don Gabriel Carrasco.

La portada del libro —116 páginas bien impresas sobre excelente papel— dice: *LA PRESIDENCIA* *Novela escrita en alemán por F.F.L. y traducida al castellano por Falucho* (Rosario, 1868).

Pesquisamos al autor de este libro. Nos ayudó concluyentemente el doctor Francisco Cignoli, director de la biblioteca “Juan Álvarez” de Rosario. Tienen allí —se trata de una buena biblioteca, de las mejores que posee el país—, los originales de una obra inédita *Pseudónimos de escritores*, de 1954, obra del bibliotecario fundador de aquella casa, don Alfredo Lovell. El pseudónimo de “Falucho” lo han usado Federico de la Barra, Francisco R. Laphitz y Enrique de la Torre. El primero de ellos —de la Barra, 1817-1897— ha escrito mucho y firmado de muy diversas maneras: “El Diablo”, “F.F.L.”, “Falucho”. Bajo ese poncho, prontamente convertido en capa transparente,

colaboró en 1872 con artículos de crítica humorística en el diario *La Capital*, de Rosario, en la misma ciudad en que apareció su novela atribuida a un alemán desconocido.

Uno no sabe si el señor de la Barra pretendió hacer humorismo en esta novela. Indudablemente le faltó gracia, o el buen humor hace cien años era cosa seria y desvaída. Leyéndole se sospecha que pretendió ridiculizar a Sarmiento, a quien llama Sarmita. Para este personaje le faltaron colores en su paleta y el dibujo fue indeciso. Entre el color y la línea la carencia es grande. Difícil, desde luego, tomar en broma un personaje del volumen de Sarmiento. Todos los que quisieron hacerlo se perdieron en la bruma.

La novela está tejida con la ingenuidad de un tramoyista elemental. Novela, en realidad, no es; narración en estilo periodístico de la mitad del siglo pasado, cuando el "diarismo" era más político que noticiero, las alusiones directas y algo burdas y los cronistas personajes de comité y no de redacción. Significamos con ello que el que firmó F.F.L. anuncia la procedencia alejada del cultivo del género novelesco. Debió disponerse a "llevarle una de las suyas" a Mitre y a Sarmiento, ideando esta forma de relato que no debió interesar al público para el que se dedicaba. El Mitre "acartonado" —de la Barra era obeso—, no logra quedar en el marco asignado. Sarmiento, por "muy loco" aparecido en la escena, no adquiere el volumen propio, ni siquiera el del año 1868, cuando el libro se publicó; Urquiza se admira más que se ve en su "mansión" provinciana; Juana Manso, *Misia Brava*, preséntase mucho más gruesa que brava, en realidad, desteñida, ella tan abundante de resolución y de talento. No se puede dudar; el señor de la Barra carecía de aptitudes novelísticas.

“Sarmita” se presenta de esta guisa:

“Representa sesenta años, más bien que menos. Su cabeza pelada ya hasta la nuca, es grande y casi deforme; su ancha nariz está delatando a gritos que su ánima se llevó por delante algunas veces los pedrosos montes Hurales; su boca, rasgo eminentemente lógico con su vecina, parece que dejara caer el carnudo y morado labio inferior, mejor dicho, parece de allí colgado; su barba cerrada, entrecana, no parece que brotara del rostro, sino que estuviese adherida con alguna goma y que hubiese además servido de alma al asiento de algún viejo canapé. En su cuello corto; su espalda atlética y encorvada, le habría suscitado la envidia de los pelagos; sus piernas cortas; su forma inferior o basamento, patizambo; sus pies, nada proporcionados al conjunto, que ocupan una longitud relativa a su gran latitud dentro de unos zapatos de gamuza negra, se miran por los extremos como enojados de la recíproca provocación de dos bien pronun-ciados juanetes que se hacen burla”.

“Toda esta humanidad envuelta en un enorme *paletó-chamisse* de color negro, que después de perdido restauró su brillo luminoso por la acción reaccionaria de la grasa y cubierto con una especie de kepí de pieles de perro de color chocolate; toda esta humanidad, decimos, que debe encerrar dentro de su caparazón buen relleno de calidades morales de alto precio, es el mimado personaje que se distingue entre todos, adulando a unos y haciendo debida justicia al cuadro, parece en este conjunto el predestinado Noé de aquella arca de esperanzas”.

El párrafo copiado no sólo retrata al “Sarmita” novelesco, sino que sirve —por demás— para valorar el estilo del autor, moderno si lo comparáramos con algunos de los novelistas que aparecen con frecuencia en nuestros días.

Don Federico de la Barra lleva una vida aventurera. Había nacido en Buenos Aires un 14 de octubre de 1817 o de 1818. Su familia emigra a Chile en la época rosista; algunos parientes se desparraman por América. Hay hombres emparentados con él en México, en el Ecuador y en el Perú. Don Federico regresó de tras la Cordillera en 1846

y se empleó de secretario de Joaquín Madariaga, porque “sabe tirar de pluma”. Los caudillos solían llevar con ellos “un ministro de propaganda” —ahora se diría “de promoción”— pero que se titulaba nada más que secretario, aunque no guardara secreto alguno. Esto da pie para abundantes equivocaciones de los revisadores de documentos escritos; cuando encuentran cartas, discursos y proclamas de sus admirados caudillos, los publican con entusiasmo. No eran tan romos si llegaban a escribir así, dicen. Les sobra razón, sólo que olvidan al “que tiraba de pluma”, escribía con letra inglesa y creaba frases para la posteridad: “la historia me juzgará”.

Don Federico de la Barra presenció las batallas posteriores al Pacto de Alcaraz. Estuvo en Vences y vio la degollina feroz. Después se fue al Paraguay, y como allí hallara poco campo de acción se trasladó al Brasil. Al tiempo, en 1850, pese a todo, se acuerda de que está emparentado con el ministro Felipe Arana y se viene a Buenos Aires. Aquí, naturalmente, se federalizó. Fue uno de “los hombres cultos de la vieja aristocracia local que apoyaron el régimen”¹. Entonces, como ahora, los que debían defender “algo propio”, dinero, propiedades o prestigio, y no optaban por marcharse, se hacían “oficialistas”. De la Barra colaboró en la *Gaceta Mercantil*. Cuando se supo el pronunciamiento de Urquiza, escribió una serie de violentos artículos donde el “traidor” quedó de varios colores, que fueron del agrado del tirano. Después de Caseros, aprovechando sus relaciones con los correntinos, quedó en

¹ “Emma” por Enrique C. Corbellini. Artículo inédito y otros apuntes biográficos que nos facilitara su hermana, la profesora Susana Corbellini de Di Benedetti.

la ciudad y escribió en *La Crónica Argentina* atacando a Alsina, porque era la manera encubierta de defender al prófugo. Alsina sostenía la tesis de que era indispensable confiscar los bienes mal habidos de Rosas. De la Barra no aceptaba que existiesen bienes mal habidos, pero sí que Alsina era un viejo “godo”, que usaba un estilo antañón en sus escritos y no podía comprender la época vivida por los restauradores fernandinos. ¡Curiosa postura!

Por fin, de la Barra abandonó su ciudad y se marchó con los federales sublevados, los de la campaña contra la capital. Y cuando lo derrotaron a Lagos, don Federico pasó a Rosario, inició su campaña periodística contra los porteños y alcanzó a ocupar una banca en la Legislatura de Santa Fe, donde “decidió con su voto la sanción de la ley de derechos diferenciales, que atizó la guerra civil y aseguró la prosperidad de Rosario”².

Años después, en 1860 —¡las cosas de la política!— lo hicieron senador por San Juan. Es curioso, pero aquel representante de San Juan no conocía a *su provincia* “ni de cerca, ni de figura, ni de nada”, y se revolvió con verdadera saña frente a Sarmiento. Virasoro, amigo de don Federico, hizolo designar representante de San Juan en la Asamblea Constituyente del 60. El 22 de septiembre de ese año sus probables colegas le rechazaron el diploma. Antes de cumplirse el mes Virasoro era asesinado en su provincia.

Con el poeta Andrade, don Federico formó escolta a Derqui cuando éste fue a Córdoba, y el dato servirá como antecedente de Pavón. Después de esta batalla, nuevos

² Ver *Las beldades de mi tiempo*, por Santiago Calzadilla. Edición Peuser, p. 172.

discursos a favor de la Confederación de las 13 —sin contar a Buenos Aires— dieron la nota de todas las arrogancias.

Durante su residencia en Rosario, de la Barra fundó la Sociedad de Beneficencia, el Hospital de Caridad y el primer diario que conoció aquella ciudad. También fue allí donde le nació la primera hija, Emma de la Barra, que como escritora mejoraría su estilo novelístico y firmaría algunas obras famosas en su tiempo con el seudónimo de César Duayen.

Don Federico partió para nuevos exilios, espontáneos o forzados, y regresó de ellos tan batallador como el primer día. Continuará siendo uno de los porteños que gastará con ingratitud sus energías peleando a Buenos Aires. *La Tribuna*, diario de los Varela, le dirá (19 de enero de 1884) “Don Bernardo (de Irigoyen) y don Federico (de la Barra) fueron fanáticos admiradores del asesino de Camila O’Gorman”.

El editorial del primer número de su diario *La Confederación* (Rosario, 25 de mayo de 1854) fue ampliamente liberal. Su estilo, grandilocuente, como era de uso hispano, comenzaba mentando “la arena periodística”, los “dardos envenenados” y la famosa “liza donde se pelea por la libertad”. No obstante las frases tremendas, la declaración de principios era clara y firme y para los días que vivían, entraba razonablemente en ambiente. La verdadera libertad se profanaba en los tumultos; nadie debía salir de los dominios de la ley. Defensor de la Constitución recientemente sancionada, de la Barra, analizado en su labor perio-

³ De la Barra fundó en Rosario *La Confederación* en 1854; se publicó hasta 1861.

dística por Miguel A. de Marco⁴ aparece como director de *La Confederación* sufriendo “las vicisitudes de los tiempos de dura lucha por la organización nacional”, conociendo por eso mismo, la cárcel y el destierro. En marzo de 1855, posiblemente por alguno de sus artículos contra Buenos Aires, el gobierno de Urquiza le ordenó “sacar pasaporte en el término de tres días” y abandonar el territorio de la provincia de Santa Fe. La medida extrema, que el defensor de la Constitución juzgó anticonstitucional, quedó luego sin efecto. Aunque él continuó procaz, sin entender a Buenos Aires. La prueba está en el último número de su diario, cuando creyó que el ejército de la Confederación había triunfado en Pavón. Llama la atención su carencia de datos informativos y obliga a sonreír la desbarrada serie de “maldiciones” contra los “miserables de cinismo reconocido” y de “perversidad sin ejemplo”, que “abusaron torpemente de las consideraciones que les dispensó el gobierno de la República”. Aquel artículo fue la última bravuconada de don Federico en su diario rosarino; se publicó el 1º de octubre de 1861, “día en que el ejército porteño avanza sobre Rosario”. Es casi seguro que después de aquellos desbordes escritos, el hombre se viniera a instalar en Buenos Aires, olvidando con excesiva facilidad sus “miserables”, sus “cínicos” y sus “perversos” adjetivos que por abuso fueron perdiendo validez hasta quedar fuera de tránsito.

Domingo Buonocore en sus *Libros y bibliófilos durante la época de Rozas*, 1968, señala a Federico de la Barra (p. 55) como continuador de Vélez Sársfield en *El Nacio-*

⁴“El periodismo en Rosario”. *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, N° 5, Rosario, 1961.

nal, diario que hizo “alarde de mimetismo para acomodarse a todos los cambios y situaciones”, con cierto espíritu liberal, algo romántico, pero que “cayó muy pronto transformado en una hoja opaca, sin espíritu crítico, aunque siempre fiel a Rozas”. Se presenta a de la Barra como “periodista combativo y veleidoso, poco firme en sus convicciones”, hasta que lo decepcionó la vida política y se llamó a retiro.

Se contradijo en distintas ocasiones, especialmente en aquellos escritos donde narraba episodios de la guerra civil. No debió tomar notas documentales, ni siquiera esas “ayudas memoria” que utilizan los que pasan. La señora Susana Corbellini de Di Benedetti, que ha estudiado detenidamente la obra del autor de *Narraciones*, señáله contradicciones históricas de interés. Por momentos los federales y los unitarios pueden, por eso mismo, presentar a don Federico como testigo de cuanto afirmen.

En las *Narraciones* susodichas, de la Barra tiene dedicadas algunas páginas a presentar al generalísimo Francisco Solano López, de 18 años de edad, al mando del ejército paraguayo, que *debió* colaborar con la provincia de Corrientes en un proyectado ataque contra el brigadier Rozas en 1845. Elogia a López, sus conocimientos militares adquiridos “en las mejores academias de Europa”, sus predilecciones por la caballería y aún los asaltos de florete del generalísimo con el autor. Estos relatos de de la Barra favorables a López pueden ayudar a un lector muy atento que desee explicarse la inexplicable declaración de guerra de López a la Argentina, ocurrida pocos años después, cuando la invasión y toma de la ciudad de Corrientes.

Cuando murió don Federico de la Barra en 1897 se reconoció su hidalguía; murió pobre. Y eso, para los que

combatieron con el sable o con la pluma a favor de los saladeristas, resultaba una prueba irrefutable de honradez. Mitre reconoció en de la Barra a uno de los fundadores del periodismo nacional. Sarmiento, a quien de la Barra volvió a pelear en el Consejo Nacional de Educación, haciendo causa común con Navarro Viola y con Manuel Dídimo Pizarro, había dado todo por bien hecho menos aquella descabellada tentativa de representar a los sanjuaninos sin conocer a San Juan ni de visita. Pero si Mitre y Sarmiento le otorgaron carta de buen comportamiento, en su libro *Narraciones* —1897— puede seguirse el camino que lleve a la explicación de por qué fue tan deshilvanado novelista, tan recosido federal y antiporteño. Su permanencia juvenil en Chile habíale vacunado antiporteñismo para un largo siglo.

La hija Emma debió heredar algunas características paternas. Era simpática, locuaz, de imaginación galopante. Naturalmente negada con la lógica elemental, a contrapelo de la realidad todos los días. Soñaba con riquezas, ensayaba gastarlas, viajaba otra vez a París, en momentos de total inopia. Sus cálculos eran siempre grandes y sus proyecciones fantasiosas. Si dio pruebas de que podía aprovechar aquella superabundancia de imaginación en relatos novelescos (*Stella y Mecha Yturbe*), una pereza incurable hizole mal emplear su tiempo, sin cumplir la obra literaria que se basa en paciencia y tenacidad. Resultó así una novelista ocasional, con sobradas condiciones perdidas o dejadas perder. Rica en dos ocasiones, murió en 1947 pobrísima y divagante, siempre simpática, siempre culta, pero irreal, soñando despierta, invitando a que soñaran todos los demás.